



LA ELEVACIÓN DE LA CRUZ — BOCETO PARA UN CUADRO, de JULIO BORRELL.

alfombra, contribuía con su inseguridad y movimiento á la impresión de vértigo para el novato.

Y esto le ocurrió á Ernesto, que al entrar quedó embobado, sin ver ni oír, presa del mareo. Y así hubiera permanecido acaso largo tiempo, si una caprichosa mascarita, cuya belleza aumentaba lo encubierto de su rostro, no le hubiera sacado de su estado enlazándole los bien torneados brazos al cuello, arrastrándole con ella al vertiginoso torbellino.

El *restaurant* estaba desierto. La calma y la obscuridad habían sucedido á la iluminación y al bullicio. Sólo interrumpía el silencio un rugido ahogado que lanzaba un hombre que con los ojos entornados, el vestido en desorden y el rostro congestionado, estaba echado de bruces sobre una mesa en un reservado. Por entre las rendijas de los postigos se filtraban tenues rayos de débil claridad, nuncio del nuevo día, y apagados por la distancia se oían los revueltos sonos que el tránsito produce á primeras horas en una vía céntrica. Ya las mujeres encargadas del miserable servicio de limpieza en la fonda, habían comenzado su tarea, y el hombre aquél seguía rugiendo más que roncando, ajeno en absoluto á cuanto á su alrededor ocurría.

Por fin, el vigilante de la casa decidióse por despertar al parroquiano, y poco menos que á empujones lo condujo hasta la calle, cerrando tras él la puerta.

**

Ernesto, pues él era el infeliz víctima de excesos á que no estaba habituado, hallóse en la calle, ignorando en dónde estaba, sumido en la estúpida modorra de la borrachera, aún no disipada, y vacilante, ebrio, comenzó á caminar con rumbo incierto apoyándose inconscientemente en la pared y deteniéndose á cada punto. Los fieles, con lento paso y recogida actitud, en mayor número según se aproximaban al templo, disponíanse á cumplir sus religiosos deberes comenzando la reposada y penitente Cuares-

ma, y el movimiento de aquella corriente humana imprimió dirección al atontado joven, que se dirigió al templo sin saber por qué, ni á dónde iba.

Llegó á la iglesia descubierto, tal como saliera de la fonda, y atravesó su pórtico y la sombría y prolongada nave, y tropezó ante las gradas del altar, y cayó de hinojos recostándose en la dorada barandilla, y allí quedóse confundido con los demás fieles que aguardaban la augusta ceremonia de la imposición de la ceniza.

La inmensa nave, con su alta bóveda y la esbelta cúpula, estaba sumida en esa penumbra que aumenta la majestad del sagrado recinto. Las vidrieras de colores de los prolongados ventanales y los recortes de las ojivas parecían fantásticos diseños. Escasas luces de amarillento resplandor aumentaban el misterio del sagrario, y el majestuoso órgano con sus poderosas voces metálicas que ahogaban el murmullo de los rezos de los fieles que henchían la iglesia, producía una sensación extraña, mezcla de pavor y de consuelo, y hacía que el alma se olvidase del mundo y se elevase á las regiones de la eterna paz y de la infinita dulzura.

Empezó la sagrada ceremonia; el sacerdote revestido con sus augustas y simbólicas vestiduras se dispuso á imponer la ceniza, recuerdo de lo miserable de la humana naturaleza, en la frente de los arrepentidos pecadores, y llegó á Ernesto.

—*Memento homo qui pulvis eris...*

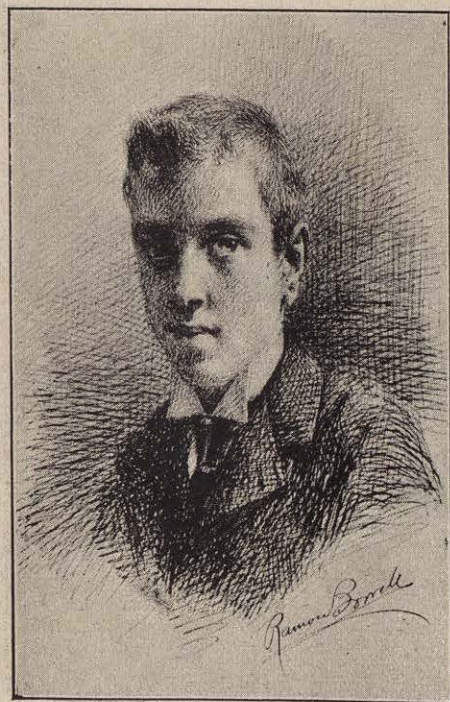
—¿Qué es esto? — preguntó con sorda y temblorosa voz el ebrio al sacerdote, recuperando en parte el uso de sus facultades.

—Lo que somos. — respondió el ministro del Señor, — ceniza.

Al oírlo Ernesto, levantóse como impulsado por una descarga eléctrica, despejóse instantáneamente su cerebro, vió el lugar en que estaba, oyó los rezos del pueblo y los quejidos del órgano, recordó, angustiado, la noche perdida, vió lo que era y lo que había dejado de ser, comprendió sus deberes y los juramentos á que había faltado, y rechazando al sacerdote, retrocedió vacilante algunos pasos, y balbuciendo las palabras:

—¡Padre, perdón!... — cayó desplomado.

RAMÓN BORRELL



RETRATO Á LA PLUMA.

MANUEL DEL ALISAL

EL MAL

(FACETA)

UNA vez se reunieron unos hombres y, cansados de hablar mal del prójimo, quisieron averiguar de dónde provenía el Mal.

—Tengo para mí, — dijo uno de ellos, — que el Mal estriba en la pésima manera cómo está repartido el dinero. Si todos tuviéramos una cantidad equivalente de dinero, se acabarían de una vez los estímulos de la codicia, que tantos crímenes hace cometer, los de la avaricia, los de la ambición desapoderada. No habría quien muriera de hambre, como ahora; quien padeciera los inacabables tormentos de la pobreza; no procuraría nadie medrar á costa del vecino y todos viviríamos en paz.

—Yo entiendo, — afirmó otro, — que el Mal depende del amor carnal. ¿Para qué quiere el hombre las riquezas sino para ofrecerlas á una mujer, á varias mujeres? ¿Cuál es la causa de la mayoría de los crímenes? El amor, el deseo. Los grandes capitanes, los artistas eximios, los políticos de ambición desenfundada, sólo buscan la gloria, no por la gloria misma, sino para deslumbrar á las mujeres que son dueñas de su albedrío. Creo que si desapareciese el amor se acabaría de tenazón con el Mal.

RAMÓN BORRELL



RETRATO Á LA PLUMA.

—Creo que andáis los dos equivocados, — dijo un tercero. — La causa del Mal no es el dinero ni el amor, sino la mentira. Ella es la madre de la hipocresía, peste del mundo; ella hace que el engaño cause estragos entre los hombres; todo lo embrolla y subvierte y trastruca y envenena. Suprimid la mentira y acabáis con el Mal.

—No, no habéis acertado ninguno de vosotros, — opinó un nuevo interlocutor. — El Mal proviene de la crueldad. Nadie causaría daño á otro, si en su alma no alentaran los instintos crueles que de cuando en cuando se manifiestan en nosotros con irresistible empuje. Entre hombres de ánimo bondadoso no se cometerán nunca crímenes, no habrá necesidad que no se remedie, infortunio que no se compadezca. Si domáramos la crueldad, el Mal desaparecería.

—Hablaís en vano, — expuso el último de los reunidos. — El Mal no es hijo del dinero, ni del amor, ni de la mentira, ni de la crueldad. El Mal es hijo directo de la tontería. Ella hace que los hombres no comprendan lo que les conviene, que no distingan lo bueno de lo malo, que no advinen que toda mala acción engendra otra refleja que hiere al que cometió la primera. El Mal es la tontería en acción. Compadece á los tontos; pero apartaos de ellos.



ENTIERRO DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER — BOCETO DEL NATURAL; por JULIO BORRELL.

JULIO BORRELL



RUINAS DE LAS TORRES DE CAROL (CERDAÑA FRANCESA).

ALFREDO TEDESCHI

ALFREDO Tedeschi, apenas nacido para el arte, ha conquistado un puesto indiscutible entre las celebridades. Joven, muy joven, casi un adolescente, pues contará apenas 20 años, Tedeschi ha conseguido triunfos brillantísimos que cuestan á la generalidad de los artistas muchos años de práctica; los no pocos que son necesarios para domar la voz,

Es apasionado de la música de Bellini, Wagner, Puchini y Massenet. Actualmente, en el teatro de «Novedades» de nuestra ciudad, los éxitos cuéntalos por representaciones. La empresa, que lo ha tomado como base del *elenco* de la compañía, ha demostrado un raro acierto que el público premia llenando todas las noches el elegante teatro.

Su escuela de canto es la clásica, la de los Gayarres y los Massinis, la maravillosa escuela italiana más pura, que conserva la voz como instrumento primordial, idealizándolo, conservando todo su calor de humanidad sin sacrificarlo á las imposibilidades de orquestaciones modernistas. Y el público, que diga lo que quiera la crítica, se pronuncia siempre por los tenores y las típias, por las voces que halagando el oído hacen sentir, ha saludado en Tedeschi un tenor de raza, un tenor capaz de cantarlo todo y de hacer que su voz impulse el latir de los corazones con la maestría de su cadencia y la refinada pureza de su timbre harmónico.

D. SIMÓ



Fot. de A. Esplugas.

educarla y afirmarla, adquiriendo á la vez el dominio absoluto de la escena que es por lo menos la mitad del éxito.

Tedeschi es un artista intuitivo. Ha estudiado con fe, con entusiasmo, y las lecciones del maestro José Cairati, de Milán, han sido ciertamente aprovechadas. Pero aunque Tedeschi no se hubiese preocupado de la técnica, habría sido igualmente un artista.

A los siete años, en el colegio en que cursaba las primeras letras, su talento dramático fué ya la admiración de la buena sociedad bonaerense. Fué su primera revelación, la providencial iniciación de una carrera de éxitos lisonjeros que muy en breve habían de hacer célebre su nombre.

La precocidad es el título distintivo de este artista. A los catorce años terminaba sus estudios en el conservatorio y, por consejo del eminente maestro Mugnone, emprendía una seria educación artística bajo la dirección del ya citado maestro Cairati.

Protegido por los señores Adolfo Luro, Arturo Paz y Santos Ungué, sus compatriotas, que con generosidad sin límites sufragaron todos los gastos de su carrera, sin más objetivo que el de proporcionar á Buenos Aires la gloria de ser patria de un gran tenor, Tedeschi trabajó con ánimo decidido para honrar con el éxito el nombre de sus protectores, pudiendo demostrarles que era realmente digno de que se le ayudase y protegiese.

No tardó Tedeschi en patentizar que su voluntad era tan grande como sus méritos y que éstos excedían á todo elogio. Presentado á Ricordi, el editor árbitro del arte musical, recibiólo huracán y desdenoso. Para Ricordi, aquel muchacho estaba en mejores condiciones de ir á la escuela que de cantar óperas. Oyólo, y aunque á los profetas cuéstaes gran trabajo reconocer sus errores noblemente, confesó cuán grande era el suyo elogiándole entusiasmado y concediéndole el permiso que el joven cantante solicitaba para interpretar las innumerables obras de que Ricordi es propietario.

Debutó en el «Teatro Alfieri de Asti» con la *Sonámbula*, obteniendo un ruidoso éxito. Allí, en Asti, conociólo don Luis Zagri á quien debemos el haber podido aplaudirlo en España.

En Palma de Mallorca, donde hizo la *Toska*, *Don Juan*, *Bohème* y *Rigoletto*, en el «Teatro Principal de Valencia» donde debutó con el *Fausto*, el beneplácito del público confirmó la opinión que en Italia habíase formado de las extraordinarias facultades de Tedeschi.

LUIS ZAGRI

NOTABLE periodista italiano, podemos, no obstante no haber nacido entre nosotros, considerarlo como compatriota. Su larga permanencia en España, la compenetración que ha sabido lograr en nuestro carácter le ha otorgado carta de naturaleza, y sus dotes de seriedad, su caballerosidad probada, su cortesía y honorabilidad y corrección le han granjeado la estima y el afecto de lo más distinguido de nuestra sociedad.

Amante del arte lírico, á su iniciativa debemos el conocer en España las primeras notabilidades europeas. Por su mediación han cantado en nuestros teatros Tamagno, Massini, Cardinali, Menotti, la Teodorini, Berlandi, Borelli, Belinchioni, De-Roma, el bajo David y las campañas de Ermete Novelli, Virginia Mariani, Italia Vitaliani, Bianca Iggus y otros muchos.

Inteligentísimo en cuestiones de arte lírico, es corresponsal de los principales periódicos y revistas artísticas de Italia, entre ellos la *Revista Melodramática de Milán*, publicación que goza de universal renombre.



Fot. de A. Esplugas.

Crítico imparcial y sincero, sus juicios son definitivos y, ajeno á toda pasión y á todo prejuicio, goza de una autoridad y crédito indiscutible entre los más exigentes en materias artísticas, que aceptan sus opiniones, seguros no sólo de su acierto, sino también de su indiscutible veracidad.

D. SIMÓ